

Barcelona 9 Jun 75 1122º 105

1599



HISTORIA
DE LA
REVOLUCION
DE
SETIEMBRE.

RIERA, EDITOR BARCELONA.

Junio 1875

Entregas 1 y 2.

L47
3341

1599

247-3341

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION DE SETIEMBRE.

TOMO PRIMERO.

1808
1809
1810
1811
1812
1813
1814
1815
1816
1817
1818
1819
1820
1821
1822
1823
1824
1825
1826
1827
1828
1829
1830
1831
1832
1833
1834
1835
1836
1837
1838
1839
1840
1841
1842
1843
1844
1845
1846
1847
1848
1849
1850
1851
1852
1853
1854
1855
1856
1857
1858
1859
1860
1861
1862
1863
1864
1865
1866
1867
1868
1869
1870
1871
1872
1873
1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

HISTORIA

DE LA

REVOLUCION DE SETIEMBRE

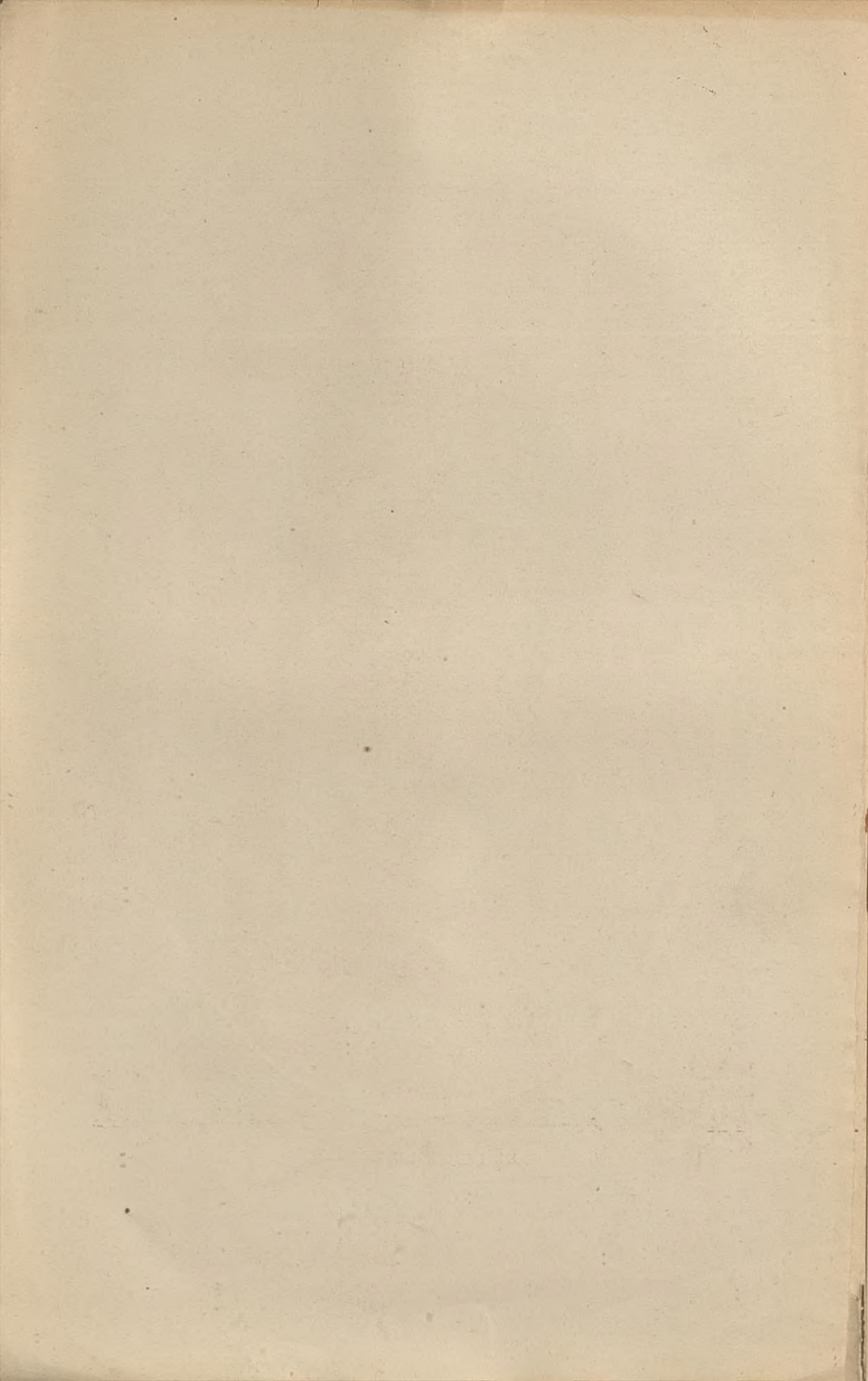
JOSE TORRES

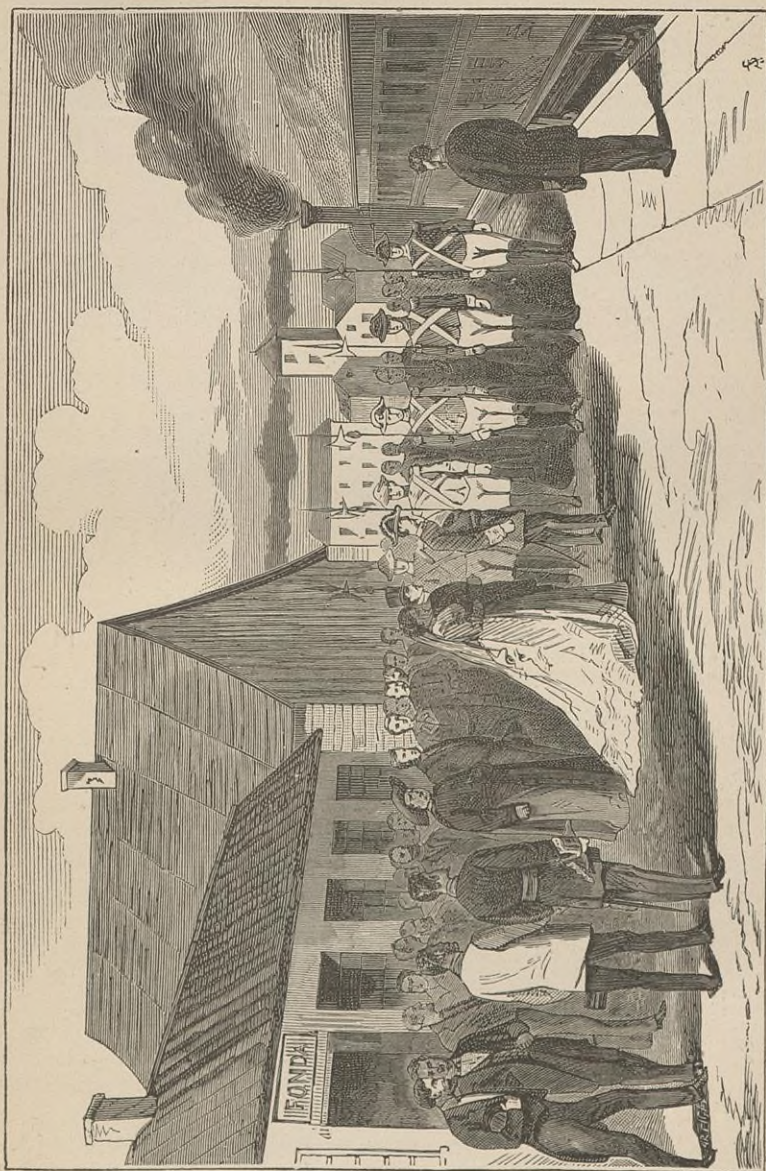


D. MANUEL PAVÍA,
marqués de Novaliches.

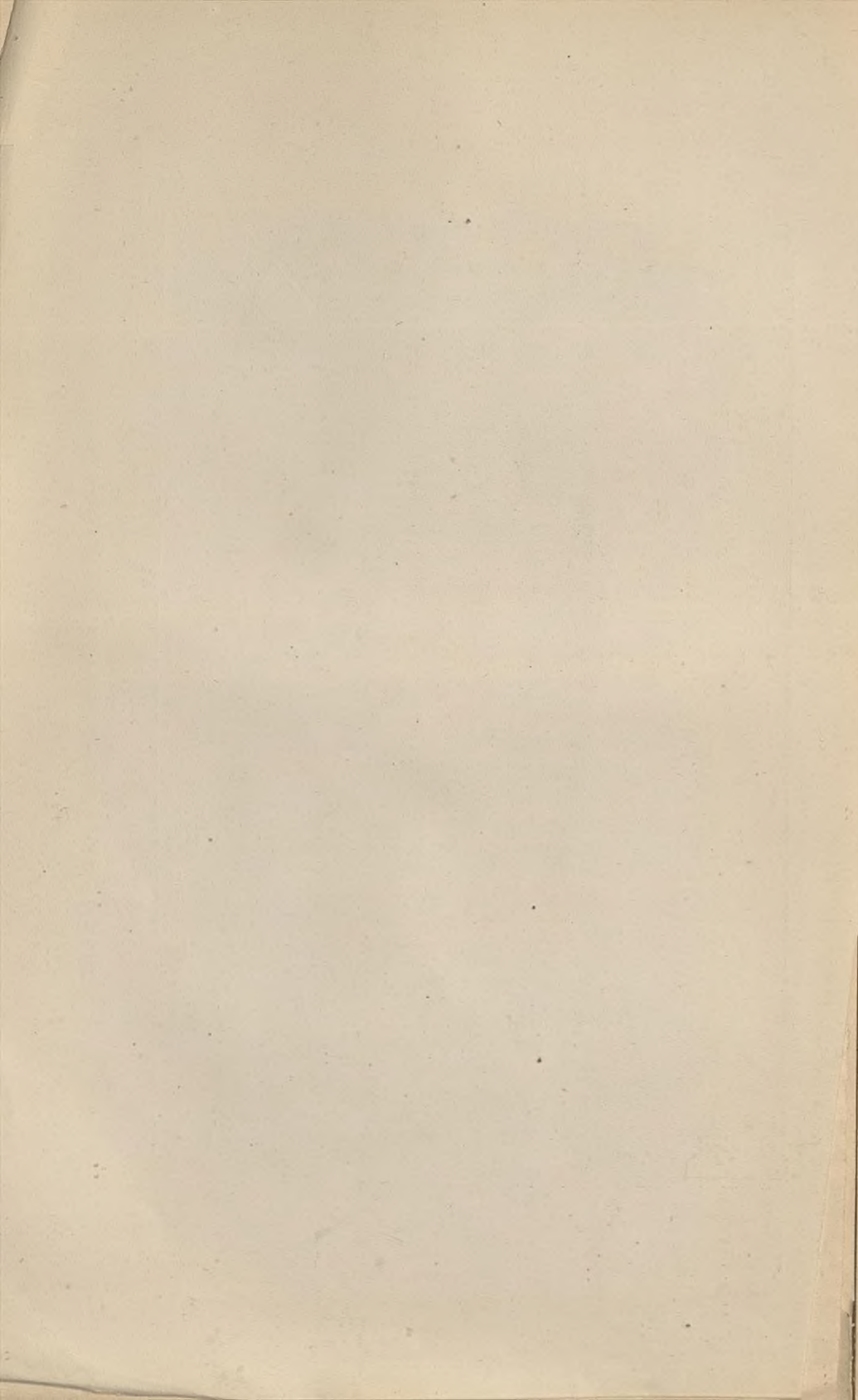


EL DUQUE DE MADRID.





DOÑA ISABEL,
acompañada de su servidumbre, va á atravesar la frontera española.



HISTORIA
DE LA
REVOLUCION
DE SETIEMBRE.

SUS CAUSAS, SUS PERSONAJES, SUS DOCTRINAS,
SUS EPISODIOS Y SUS RESULTADOS.

OBRA QUE ESCRIBEN CON ESCRUPULOSA VERACIDAD HISTÓRICA
Y CRITERIO CATÓLICO

D. EDUARDO MARÍA VILARRASA

Y

D. JOSÉ ILDEFONSO GATELL,

PRESBITEROS.

É ILUSTRADA CON LÁMINAS GRABADAS SOBRE ROJO
DEBIDAS Á REPUTADOS ARTISTAS.

TOMO PRIMERO.



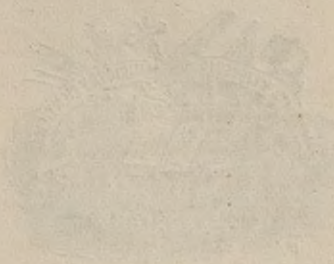
BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,
calle de Robador, número 24 y 26.
1875.

HISTORIA
DE LA
REVOLUCION
DE SETIEMBRE

ES PROPIEDAD.

El que reproduzca una obra ajena sin el consentimiento del autor, ó de quien le haya subrogado en el derecho de publicarla, queda sujeto á la indemnizacion de daños y á las penas impuestas al editor fraudulento.

(LEY DE 10 DE JUNIO DE 1847, art. 19).



BARCELONA:
IMPRENTA Y LIBRERIA BELLESGUARDIA Y FIGUEROA
DE HEREDIA EN LA CALLE DE...
1871

LIBRO PRIMERO.

LA INTERINIDAD.

CAPITULO I.

Cómo se derrumba un trono.

Á PRINCIPIOS de setiembre de 1868 la reina D.^a Isabel II se hallaba en posesion, al parecer pacífica, del trono de España. No obstante, cualquiera que hubiese aplicado un oido atento á los misteriosos subterráneos de la política, tenia que oir allí algo parecido al tétrico rumor que precede á la erupcion de un volcan.

El trono de Isabel II se vino á bajo: hecho nuevo, único en la historia de España que vale la pena de fijar la atencion de todo espíritu pensador.

¿Cómo cayó el tronó de Isabel II? No imitarémos el ejemplo de aquellos que para ahorrarse el trabajo de detenerse en el estudio de los acontecimientos que se han venido realizando en nuestra patria, creen haber resuelto la cuestion

limitándose con exclamar en tono sentencioso y magistral: «El trono español se cayó de puro viejo.» Hasta aquí la filosofía de la historia no nos dice la fecha en que una monarquía muere de vejez: sabemos hasta donde puede llegar la vida de un hombre; y si bien es verdad que las instituciones políticas, como todo lo humano, pueden llegar á envejecer, no sabemos aun á cuanto puede alcanzar la longevidad de la institucion monárquica, pues si bien hay pueblos, como la Francia, donde, desde la Revolucion, la historia viene siendo una oscilacion constante entre la monarquía y la república, naciones hay como la Inglaterra donde el trono tiene el arraigo de una institucion secular, y las hay en Asia y África, y aun en el norte de Europa, donde la monarquía se parece á esas inmensas peñas que, desafiando la accion de los tiempos, ni siquiera nos ocurre el temor de que puedan derrumbarse.

Cuando se muere de vejez, la muerte del anciano que en su decrepitud tiene que aislarse por completo de la vida activa, apenas deja mas vacíos que los del afecto personal, y hoy podemos apreciar ya si dejó ó no algun vacío al caer la monarquía española; la muerte acaecida por vejez, es una muerte que se verifica de una manera natural, cási imperceptible, por pura consuncion, sin estremecimientos; y si pudo creerse en un principio que así iba á terminar en España la institucion monárquica, la verdad es que el trono cayó como un edificio de inmensa mole, produciendo un gran estremecimiento, por mas que en un principio no oyesen nada aquellos que habian ensordecido al estruendo de esta caída, estruendo cuyo eco retumba aun hoy al través de mas de seis años. Hoy, disipada la polvareda que levantó aquella catástrofe, podemos ver que el trono español cayó como una avalancha, dejando en pos de su caída escombros de instituciones, de monumentos, de creencias.

¿Fue un hecho fortuito, fatal? El fatalismo, que es en moral el mas funesto de los errores, es en historia el mas grosero de todos los absurdos; pues cada época, cada hecho

histórico es un testimonio de la trabazon, del enlace de los acontecimientos entre sí, de la acción Providencial que se deja sentir constantemente sobre ella.

La historia es un misterio, es verdad: la vista mas perspicaz no puede contemplar los extensos horizontes de un porvenir desconocido, por mas que sea él el resultado de la lógica de la historia; pero el pensador, el filósofo, el creyente, al fijarse en los hechos históricos, no debe repetir nunca la palabra del fatalismo musulman: «Estaba escrito;» sino que debe buscar la clave del misterio en esta frase de un gran orador cristiano: «La humanidad marcha y Dios la conduce.»

La historia es un problema en que el hombre con su espontaneidad, con su libre albedrío escribe los datos; pero cuya solución está reservada únicamente á la Providencia. Vienen las crisis históricas, y bajo la dirección de Dios aparecen las nuevas épocas en que se abren á la actividad humana horizontes desconocidos.

Sentados estos precedentes, volvemos á preguntar:— ¿Cómo cayó el trono español? ¿Cuáles son las causas y las consecuencias de este acontecimiento? En esto viene condensada con todas sus proporciones, con su innegable interés, con su larga historia de seis años, con su imponente gravedad toda la Revolucion de Setiembre.

El trono español á primera vista contaba con todas las condiciones de estabilidad apetecibles. Plantado en un suelo que parecia el mas á propósito para solidarse en él la institución monárquica, contando con el arraigo de tan largos siglos, pues la monarquía tenia en su apoyo la fuerza de una tradición histórica nunca interrumpida desde Ataulfo, podíase creer que el régimen monárquico era parte esencial en la manera de ser política y social de la nación española. Pudo haber tronos disputados, largas luchas civiles, guerras de sucesion; nobles que querian imponerse á los reyes, provincias ó municipios que les exigian con teson el respeto de sus fueros, regicidas que por fines personales levanta-

ban el puñal contra la persona del monarca; pero en cuanto á la institucion en sí, todos la respetaban: ningun hombre, ninguna bandería, ninguna clase atentaba contra ella; la monarquía como institucion era el arca santa contra la que nadie se atrevia á levantar la mano.

Respecto á la persona de Isabel II, en el período á que nos referimos, nadie le disputaba su derecho; pues los defensores de D. Carlos se habian sometido definitivamente. Adornado su solio con los laureles adquiridos en África combatiendo el ejército aquella raza con que habian estado constantemente en lucha los reyes de la antigua monarquía cristiana; reconocida por todos los gobiernos, haciendo pesar su influencia en las cuestiones que venian agitándose en el mundo político, ella mandaba generales como Córdoba para reponer al Vicario de Jesucristo en su trono; ella mandaba á Méjico caudillos como Prim para ver si era posible levantar aquel pueblo de la anarquía. Prestábale el clero sin repugnancia el juramento de fidelidad; el ejército habia de serle adicto, pues hasta los Prim, los Contreras no pasaban de progresistas, que eran los avanzados de la monarquía. Brillaba en todo su esplendor la cruz de su corona, ya que el Sumo Pontífice en premio á la fe y la piedad de la Reina, habia apadrinado al príncipe D. Alfonso y mandado á doña Isabel la Rosa de Oro, testimonio de aprecio y consideracion que conforme á una tradicion de la Iglesia venian dando los Papas á la Princesa de cuyo comportamiento estaban mas satisfechos.

En la apariencia el trono de D.^a Isabel lo tenía todo, y sin embargo, en la realidad le faltaba todo. El vacío iba formándose en torno suyo; el suelo desaparecia junto á su pedestal.

No se vaya á creer que el trono de Isabel II se hundió por haberse convenido unos cuantos generales que se hallaban en el destierro, no; era menester para ello un trabajo de zapa, pero un trabajo que se realizase con constancia, con tenacidad, por espacio de muchos años: para derribar un

trono como el de Isabel II, menester era contar con muchos y muy poderosos elementos.

La conjuración venia tramándose desde mucho tiempo. Hoy conocemos perfectamente el carácter de esta conjuración, las personas que en ella intervinieron, sus planes, sus conciliábulos, sus auxiliares.

Parece natural que los que debian ponerse al frente de la gran conjuración contra la monarquía habian de ser los republicanos: al fin en los planes de estos habia de entrar el derribarla: monarquía y república constituian dos formas antitéticas que se destruian mutuamente. Sin embargo, no fue así: Figueras, Rivero, Pi y Margall combatian la institucion monárquica, es cierto; dispuestos se hallaban á hacerla rodar por el suelo tan pronto como se les ofreciese ocasion, representaban bien su papel de propagandistas desde las columnas de *La Discusion* ó de *La Democracia*; Salmeron se aprovechaba de su puesto de catédrico para defender sus ideas; Castelar saboreaba con gusto el aroma de los aplausos con que respondia el pueblo á sus arranques contra la institucion monárquica: pero quien urdia la conjuración contra la monarquía eran los monárquicos mismos; trataban de derribar el trono hombres que lo veian muy de cerca; la nube precursora de la tempestad se formaba con emanaciones salidas del mismo palacio real.

Sigamos el interesante hilo de esa conjuración en que todo parece fabuloso, inverosímil: los motivos, los personajes, los medios y los pretextos; sepamos quiénes son, qué quieren esos juramentados que por años enteros anduvieron ocultando su rostro. Verémos como se representa el papel de conspirador, tras que caras se oculta, de que consignas se vale, quienes son los instrumentos de una conjuración, y quienes los verdaderos iniciados; conocerémos lo que son, lo que pueden, las conjuraciones de salon que se traman sobre riquísima alfombra, en lujosa butaca de terciopelo, entre el perfume de olorosas flores, despues de un suculento banquete, y hasta á los acordes de armoniosa música.

Muy distintas de las conjuraciones de club, allí no se dan citas para reunirse entre misteriosas sombras unos cuantos afiliados; allí no se pronuncian violentos discursos contra lo existente; allí la pasion política no se revela por ojos que centellean ni por puños que se crispan; allí la bilis no se desahoga en terroríficas imprecaciones.

Á los conspiradores de frac y corbata blanca les basta un saludo, un sonrís, un apretón de manos.

Así se venia conspirando en Madrid contra la Reina. En los banquetes que presidia D.^a Isabel misma, habia hombres que hablando por lo bajo trataban de la manera de derribarla de su solio; habia hombres que al destapar una botella de *champagne* hablaban con complacencia del estallido que se sentiria en España el dia que acabase por estrellarse el trono al volarlo en la efervescencia de las pasiones revolucionarias; habia hombres que en saraos dados por la corte, dentro de aquellos salones iluminados *à giorno* y al son de afinadísima música saboreaban con placer en su imaginacion el aspecto que habia de presentar la nacion española, cuando alumbrada por el incendio revolucionario se oirian los acentos de la *marsellesa*. Habia hombres que asistian á la sala del trono con el fin de tomar bien las medidas para derribarlo, que se cobijaban en el pañacio real como en un asilo donde pudiesen redondear sus manejos á mansalva, que aceptaban honrás y distinciones de la Corona para tener mas medios de hacerla rodar por el suelo, que besaban la mano del Monarca para ver mas de cerca donde latia su corazon y asestar mejor el golpe.

Pero ¿cuál acostumbra ser el móvil de los conspiradores de salon? ¿Qué es lo que hace que ellos se lancen del Olimpo de su grandeza política y social para ir rodando por la pendiente de las peligrosas aventuras anejas á una conspiracion que reviste las proporciones de querer derribar un trono? No es el propósito de llegar á la realizacion de reformas radicales, porque para ello se necesita fe, y para tener fe en determinadas teorías mas ó menos realizables,

es indispensable una candidez inocente que distan mucho de tener los que han logrado escalar aquellas alturas. Se concibe que el conspirador de blusa, irritado al creer que las privaciones de su situacion son efecto de una injusticia social se subleve contra lo existente: pero ¿de qué pueden quejarse esos magnates que tienen por vivienda un palacio; que pasan el día en el paseo, en el café, y la noche en la tertulia y el teatro; que tienen siempre aguardándoles un coche donde ostentan su lujo; que presentan en torno suyo una legion de servidores y á poca distancia una turba de aduladores que inclina ante ellos el incensario de la lisonja? ¿De qué injusticia social son víctimas esos hombres, cuya situacion les llegó á colocar mas altos que las leyes, pues mientras al conspirador de guardilla ó de cuartel se le condena á severos castigos, al conspirador de salon se le enseña la frontera de la patria para que cambie su palacio de Madrid por un rico *hótel* de París, para que vaya en invierno á solazarse bajo el hermoso cielo de la Italia, ó á respirar en verano el fresco aire de las montañas de Suiza? Hablan de la *dignidad del trabajo*, ellos que pasan semanas y meses en la holganza; hablan de *igualdad*, ellos que adornan con pintados casacones guarnecidos de oro á sus lacayos para que se vea bien la distancia que separa al criado del señor.

Lo que les mueve es una pasion pequeña, muy pequeña las mas de las veces. Unos celos excitados, una ambicion contrariada, una avaricia no satisfecha, un odio, y á veces instintos los mas vulgares llevan á aquellos hombres á querer derribarlo todo. Parece inverosímil que móviles tan pequeños puedan presidir á manejos de tanta trascendencia. Pero estos hombres acostumbrados á dominar, á pasar por encima de todo, estos hombres ante los que se inclinan los reyes con sus coronas, estos hombres á cuya influencia llega á cambiarse la manera de ser de un pueblo entero, que juzgan tener un poder omnipotente porque han logrado crear un partido, ó porque una agrupacion les ha entregado

su bandera para que la sostengan; cuando se ven contrariados, al hallar una barrera á su paso, no es de extrañar que para derribarla estén dispuestos hasta á sembrar su camino de ruinas. Cuando son víctimas de una pasion de odio, de envidia, de venganza; cuando se creen objeto de una ingratitud, esta pasion la encierran dentro de su pecho, la alimentan, la acarician, en vez de desahogarla la comprimen, y esa pasion se petrifica dentro de sus corazones; esta pasion con todo su calor, con todo su fuego produce dentro de aquellos pechos una efervescencia fatal que envenena el aire. Sin duda, su corazon se encierra dentro la tumba de aquellas pasiones y allí se extingue la fe, la gratitud, la nobleza de sentimientos, el amor patrio, todo en una palabra. No llegaríais á concebir de otra manera tristes perfidias, deshonorosas apostasías; no acertaríais á explicaros actos que se realizan con la mayor sangre fria, que se sostienen con un cinismo aterrador, sin que se dé á conocer ni la menor huella de su remordimiento. Y ¿cómo ha de haber remordimiento donde no hay conciencia, cómo ha de haber generosidad donde no hay corazon, cómo ha de haber fe donde no hay alma, donde todo se ha sepultado en la hoya cavada en una hora de apasionada alucinacion?

Pero no es solo el conspirador de salon digno de que nos fijemos en él, lo es tambien la conspiradora; porque tambien allí hay señoras muy encopetadas, tambien hay damas que conspiran. El vulgo conoce el tipo de la mujer revolucionaria, que se presenta en la plaza pública en la hora de una conmocion popular, en cuyo semblante se pinta la embriaguez que se produce al realizarse un estremecimiento social, que tocada por el rayo de la electricidad demagógica prorumpe en repugnante blasfemia, blande en su mano el puñal ó la tea incendiaria. Esos seres que aparecen en los instantes críticos de una revolucion como sombras siniestras, como espectros aparecidos desde el fondo del abismo, los hemos visto en nuestro tiempo. Pero la mu-

jer del pueblo no conspira jamás; el tipo de la mujer conspiradora existe solo en regiones mas elevadas.

Y tiene las suyas la Revolucion de setiembre. Evas colocadas en el paraíso de la posicion social por el favor de la monarquía, se convertian allí en tentadoras; y la mujer que es el ángel del hogar, que debe contener al esposo, al hijo, al hermano, para que en instantes de desvío no se precipite, que debe desvanecer las tinieblas de una fascinacion fatal á que está sujeto el hombre ya público ya privado, cuya dulzura, cuya mansedumbre, debe ser suave brisa que calme las tormentas del espíritu, tambien allí por el deseo de brillar, por el propósito de figurar en el trono del lujo como una reina, por querer sobreponerse á una rival que le hace sombra, se vale de su influencia; y en el seno de la familia, en la confianza del tálamo mismo alienta chispas que el hombre quizás hubiera ahogado entre cenizas llevado por un sentimiento de dignidad y de consecuencia, por sus últimos restos de honradez; y entonces la luz se convierte en incendio que ahoga, y en vez de salir de ella el aliento de la calma, sale el huracan de la tempestad, y el ángel se convierte en demonio.

Historiemos.

En el génesis de la Revolucion hallamos causas muy pequeñas, que nos han de parecer insignificantes á primera vista; pero que sin embargo, son las gotas de agua que en día de tempestad forman en un principio el arroyuelo, despues el arroyo y despues el torrente devastador que arrolla cuanto encuentra á su paso.

La Revolucion antidinástica ha tenido su cuerpo y su alma, su pensamiento y su inspiracion. Aparecen en primera fila dos hombres, que han representado en ella un papel muy distinto, segun su carácter y su temperamento tambien muy distinto.

D. Luis Gonzalez Brabo y D. Salustiano Olózaga. En estos dos personajes que se presentan en la historia española ejerciendo una influencia tan distinta, está sintetizada la

revolucion en sus principios. Gonzalez Brabo tomó el barro que habia de formar el cuerpo de la revolucion; en sus manos se fue transformando este barro: Olózaga fue quien con su aliento le dió alma.

Fogoso aquel, mas calmado este, encendió Gonzalez Brabo la hoguera revolucionaria que quiso apagar despues; mientras el segundo con paciencia, con una gran perseverancia estuvo manteniendo y atizando el fuego. Ambos duermen el sueño de los sepulcros. Gonzalez Brabo, arrepentido, avergonzado de su propia obra, murió en el destierro; Olózaga murió en el desvío, cási en el desden de los revolucionarios. Gonzalez Brabo al aspirar el hálito de la revolucion, no quiso soportar la repugnancia que le producía este aliento, trató de deshacer lo que antes habia hecho; pero no era posible: su obra era mas fuerte que él, y cayó derribado al tratar de luchar con ella: Olózaga contempló á la revolucion, y al ver su interés en apartarse del teatro revolucionario, diríase que huía de ella. Fueron tal para cual: ni el padre amaba á la hija, ni la hija queria al padre. Mas la revolucion pagó á Olózaga en la moneda que merecia: le pagó sus trabajos en oro dándole la pingüe embajada de París, y Olózaga se dió por satisfecho.

Para conocer á estos dos hombres es menester oírles; pero no en el Parlamento, allí no oiríamos mas que el orador; no en la reunion popular, allí no oiríamos mas que el tribuno. Oigámosles en donde hablaban, no el orador ni el tribuno, sino el hombre; sin temor á que les interrumpiesen, ni la órden presidencial, ni el tañido de la campanilla: donde podian revelar todo su pensamiento sin reservas de ninguna especie.

En un espacioso cuarto de la calle de Jacometrezo de Madrid, se reunia en agosto de 1840 una sociedad secreta, á la que estaban afiliados abogados, médicos, militares, negociantes, que fuera de allí figuraban muchos de ellos como pertenecientes ya al partido moderado, ya al progresista, puesto que entonces no existia en España el partido repu-

blicano. Sombria luz alumbraba la habitacion donde los concurrentes descansaban en asientos con emblemas masónicos; y á la sombra del imprescindible nivel estaba colocada la presidencia. Todo era allí misterioso: el rostro de los concurrentes, su actitud, sus fórmulas, sus ritos: con manifestar que pertenecian á la extremada secta de los *carbonarios*, está dicho todo. Allí se defendian las utopias mas radicales; allí los afiliados se juramentaban para realizar los propósitos mas trastornadores; pero en la sesion que nos toca reseñar se manifestó un espíritu mucho mas práctico de lo que podia esperarse, dadas las exageraciones que allí solian alimentarse. El que hubiese asistido á ella con espíritu imparcial, hubiera adivinado que entre aquellos hombres los habia que sabian de que se trataba y que marchaban directos hácia su fin. Estaba allí la inspiracion revolucionaria con toda su fuerza.

Tratábase de presentar á la lógia á un afiliado venido de Italia, que es donde nació la secta. Para conocer si el afiliado pertenecia verdaderamente á la sociedad, despues de otras consignas que solo los iniciados podian conocer, dirigiáanse preguntas como las que vamos á apuntar:

P. ¿Qué fin se propone la secta redentora?

R. Levantar el edificio de la sociedad nueva.

P. ¿Qué se necesita para ello?

R. Demoler la sociedad antigua.

P. ¿Cuáles son las bases de la sociedad que debemos destruir?

R. La Religion.

P. ¿Cuál es la clave del edificio que debemos echar abajo?

R. El trono.

Y el iniciado venido de Italia dijo en buen español, pero con acento que revelaba su nacionalidad:

—Traigo de mis *hermanos* de Italia la instruccion de que para quitarle al edificio su clave, es menester que trabajéis inmediatamente vosotros los españoles.

—Sí, sí; inmediatamente, contestaron con vehemencia muchas voces.

El italiano prosiguió:

—Los reyezuelos de Italia son pobres, son pequeños y están desacreditados; los de Francia se pierden en las argucias de su doctrinarismo...

—Y en España, interrumpió con fuerza uno de los asistentes, tenemos un trono que pertenece á una niña, amparado hoy por una mujer; es decir, la debilidad.

—Y además, añadió un tercero, los partidos que se rebelan, los pueblos que se levantan.

—No se trata, continuó diciendo el italiano, de derribar las viejas monarquías con su gran poder. Á las monarquías viejas las mató en esta parte de la Europa el soplo del 89. Á los viejos reyes la Revolucion francesa les obligó á asistir á la ejecucion del nieto de Luis XIV, y al caer la guillotina sobre el cuello de Luis XVI se helaron de espanto. Hoy tenemos las monarquías medias, monarquías vestidas á lo republicano. Estas no inspiran miedo; ofrecen la ventaja de que presentan el cuerpo á los golpes de la Revolucion...

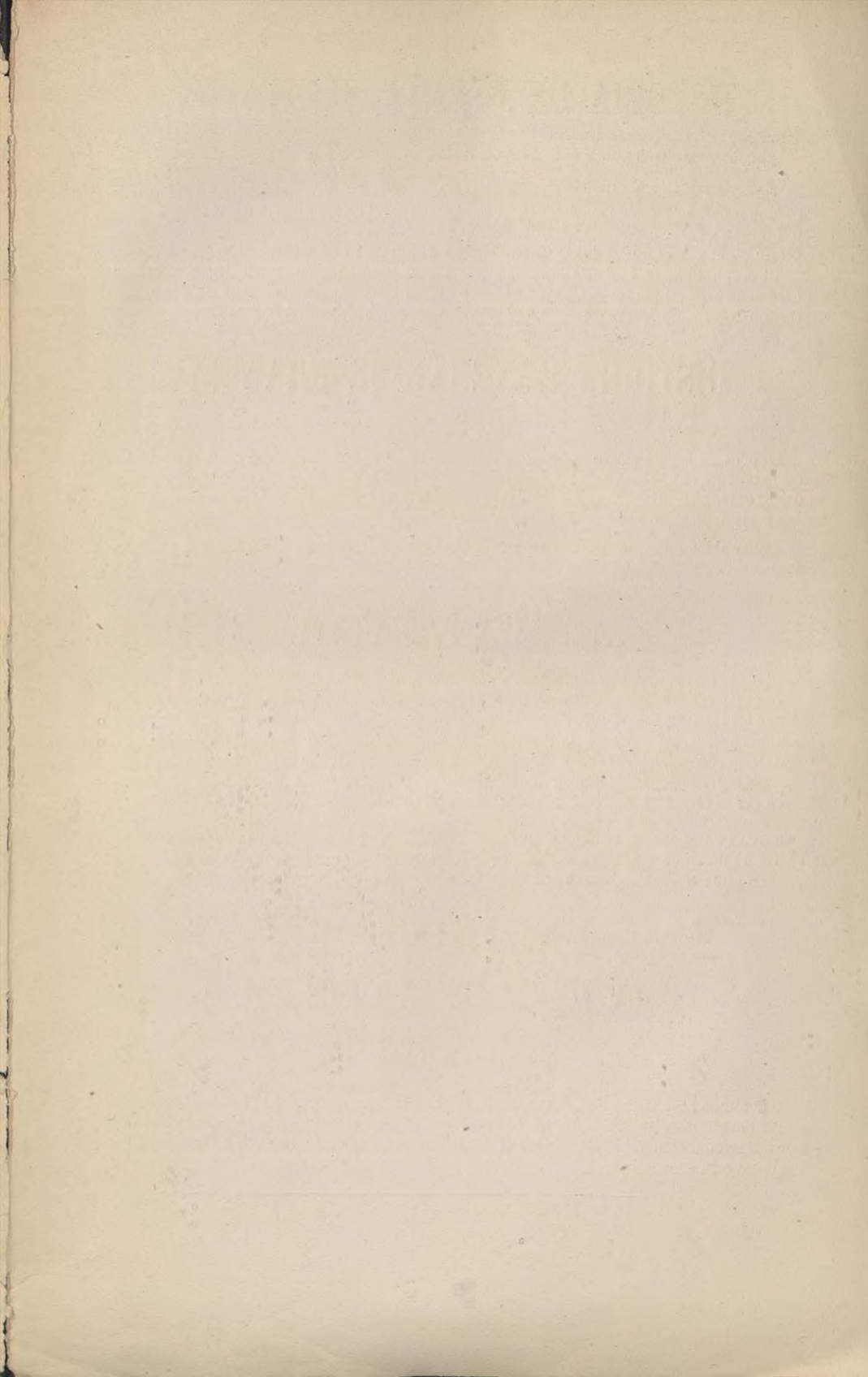
—Bueno, bueno; exclamó impaciente y con gesto exagerado uno de los socios. Todo esto ya lo sabemos: basta de palabras: estamos cansados de tantos discursos. Vamos á las obras. ¿Qué es lo que hay que hacer? Esto es de lo que hemos de tratar, y pronto.

—¿Qué hay que hacer? ¿qué hay que hacer? gritaban varios; decid qué es lo que hay que hacer.

—Yo propongo, exclamó uno que por sus maneras de expresarse podia reconocerse en él al hombre del pueblo, que se manden emisarios á Barcelona, á Valencia, á Zaragoza; que el grito de sublevacion no sea contra un partido; que no se trate solamente de derribar la regencia de Cristina, sino que se derribe desde luego el trono.

El Presidente de la reunion observó con voz calmada:

—No teneis en cuenta que para contener á las masas basta medio escuadron de caballería.



HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso por D. Rafael del Castillo.

Esta obra sale cada mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas.—Van publicadas 49 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

La presente obra se reparte por entregas de ocho páginas en folio, de abundante y clara lectura, impresas con tipos enteramente nuevos y en papel satinado. Constará de 300 entregas, y la adornarán mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas.

Cada entrega cuesta un real en toda España, repartiéndose dos semanalmente.—Van salidas 257 entregas.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Salen 4 entregas semanales á medio real una. A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas salidas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.—Van publicados dos tomos y se está terminando el tercero.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripción tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta á medio real una.